



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

La crisis petrolera de 1973: repercusiones
económicas, institucionales y de pensamiento
económico

Autor

Adrián Martín Nieto

Director

Javier Puche Gil

Facultad de Economía y empresa

2015

INFORMACION

Título: La crisis petrolera de 1973: repercusiones económicas, institucionales y de pensamiento económico

Autor: Adrián Martín Nieto

Director: Javier Puche Gil

Facultad: Economía y empresa, año 2016

RESUMEN

Este Trabajo de fin de Grado tiene como objetivo analizar las repercusiones socioeconómicas que la crisis petrolera de 1973 tuvo sobre las principales economías del mundo y en España. Las economías desarrolladas de Occidente, grandes consumidoras de esta fuente energética, se vieron muy afectadas al subir, rápidamente, los costes de producción. Otros efectos derivados, como la subida de los precios y del desempleo, aceleraron la crisis industrial y mostraron la otra cara de la segunda globalización: los peligros que los conflictos políticos y la dependencia energética podían acarrear sobre el crecimiento y el bienestar económico. Para analizar las repercusiones socioeconómicas del *shock* petrolero de 1973, los datos de PIB, PIB per cápita, inflación y desempleo constituyen las principales fuentes de estudio. Los resultados muestran que la crisis petrolera provocó una ralentización del crecimiento económico, una espiral inflacionista y un aumento del desempleo, además de una crisis del Estado de bienestar. En España, los efectos de la crisis se agravaron por la falta de autoridad económica de los últimos gobiernos de Franco y los primeros de la Transición. En el campo de la doctrina económica, la crisis de 1973 supuso el descrédito de las políticas keynesianas y el triunfo del neoliberalismo.

ABSTRACT

This end-of-degree project has as its main purpose to analyze the socio-economic impact of the 1973 oil crisis had on the major economies of the world and in Spain. The developed West economies, large consumers of this energy source, were greatly affected when production costs climbed quickly. Other derivative effects, such as rising prices and unemployment, accelerated the industrial crisis and showed the other side of the second globalization: the dangers that political conflicts and energy dependence

could lead to growth and economic welfare. To analyze the socio-economic impact of the oil shock of 1973, GDP data, per capita GDP, inflation and unemployment are the main sources of study. The results show that the oil crisis led to a slowdown in economic growth, inflationary spiral and rising unemployment, as well as a crisis of the welfare state. In Spain, the effects of the crisis were aggravated by the lack of economic authority from Franco's previous governments and the beginning of the transition. In the field of economic doctrine, the crisis of 1973 led to the discrediting of Keynesian policies and the triumph of neoliberalism.

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN.....	PÁGINA 5
2. FUENTES, DATOS Y ÁMBITO DE ESTUDIO.....	PÁGINA 7
3. EL <i>SHOCK</i> PETROLERO DE 1973 Y SUS REPERCUSIONES ECONÓMICAS	
3.1. El <i>shock</i> petrolero a nivel internacional.....	PÁGINA 10
3.2. El caso español.....	PÁGINA 19
4. EL <i>SHOCK</i> PETROLERO DE 1973 Y SUS REPERCUSIONES EN EL ÁMBITO INSTITUCIONAL Y DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO	
4.1. La crisis del Estado de bienestar y la aparición del neoliberalismo.....	PÁGINA 28
5. CONCLUSIONES.....	PÁGINA 32
BIBLIOGRAFIA Y BASE DE DATOS.....	PÁGINA 34
APÉNDICE ESTADÍSTICO.....	PÁGINA 36

1. INTRODUCCIÓN

Tras la edad de oro del capitalismo, el crecimiento económico mundial se volvió a ralentizar, porque volvieron las crisis económicas internacionales, destacando la iniciada en 1973. El 6 de octubre de 1973, día del Yon Kipur, o del Perdón, para los judíos, las tropas de los países árabes vecinos lanzaron una ofensiva a gran escala contra Israel. Tras tres semanas de combates, los israelitas -contando con la ayuda de Estados Unidos- lograron restablecer su hegemonía. Esta breve guerra iba a dejar un rastro profundo, y no solo en Oriente Próximo. Sabedores del apoyo occidental al Estado hebreo, los países árabes decidieron utilizar el petróleo como arma económica y bloquearon los envíos previstos a los países que apoyaban a Israel. Como resultado, los precios se triplicaron en muy pocas semanas y aún aumentarían más en los años siguientes. Fue el detonante del fin de la época dorada -la larga etapa de crecimiento económico que siguió a la Segunda Guerra Mundial-, que en aquellos momentos sufría ya los efectos de la crisis del sistema monetario internacional y las consiguientes tensiones inflacionistas (Feliu y Sudriá, 2007; Comín, 2011).

La crisis económica de 1973 provocó desequilibrios internos y externos de los países que las sufrieron. En primer lugar, se redujeron las tasas de crecimiento y se produjo una acumulación de *stocks*. En segundo lugar, y como cabría esperar, se produjo una elevación del nivel general de precios en las economías desarrolladas, superando el 11% en Japón y Francia y el 23% en el Reino Unido. En tercer lugar, se produjeron desequilibrios presupuestarios, dado el aumento del déficit público frente al PIB, incluso en países que, hasta 1973, tenían las cuentas públicas equilibradas, como Japón, Alemania y Francia. Este déficit surgió por dos motivos: por un lado, la crisis económica generó un déficit presupuestario estructural debido al aumento de uno de los mecanismos estabilizadores del Estado de bienestar, como era en ese momento el seguro de desempleo, y la caída de la recaudación por la vía del impuesto sobre la renta; y por otro, el aumento de las cargas financieras de la deuda pública, debido al incremento de sus tipos de interés nominales. En cuarto lugar, apareció el desequilibrio en el mercado de trabajo, pues la tasa de desempleo creció considerablemente en el mundo (Feliu y Sudriá, 2007; Comín, 2011).

Este Trabajo de Fin de Grado analiza las repercusiones socioeconómicas que la crisis petrolera de 1973 tuvo sobre las algunas economías del mundo. Por ejemplo, las economías desarrolladas de Occidente, grandes consumidoras de esta fuente energética, se vieron muy afectadas al subir, rápidamente, los costes de producción. Otros efectos derivados, como la subida de los precios y del desempleo, aceleraron la crisis industrial y mostraron la otra cara de la segunda globalización: los peligros de los conflictos políticos y la dependencia energética en el crecimiento y el bienestar económico. Para analizar las repercusiones socioeconómicas de la crisis del petróleo de 1973, además de la bibliografía especializada, los datos de PIB, PIB per cápita, índice de inflación y tasa de desempleo constituyen las principales fuentes para su estudio. El análisis histórico-económico muestra que la crisis petrolera provocó una ralentización del crecimiento económico, una espiral inflacionista y un aumento del paro, además de la crisis del Estado de bienestar (Feliu y Sudriá, 2007; Comín, 2011). En el caso de España, los efectos de la crisis se agravaron por la falta de autoridad económica de los últimos gobiernos de Franco y los primeros de la Transición (Carreras y Tafunell, 2010; Maluquer de Motes, 2014). En el campo de la doctrina económica, la crisis de 1973 supuso el descrédito y abandono de las políticas keynesianas y el triunfo del neoliberalismo (Feliu y Sudriá, 2007; Comín, 2011).

Este trabajo se estructura en cinco capítulos. Aparte de esta introducción, el capítulo dos describe los datos utilizados, las fuentes y la muestra de países analizados. El capítulo tres, dividido a su vez en dos subapartados, analiza respectivamente el *shock* petrolero de 1973 y sus principales repercusiones socioeconómicas en algunos países del mundo y en España. Se muestra que la crisis petrolera de los años setenta puso el punto y final a una época dorada de crecimiento económico, mejora del bienestar y caída de la desigualdad que siguió al final de la Segunda Guerra Mundial. En España, la crisis tuvo características peculiares por la excepcionalidad del tiempo político (los últimos años del franquismo y los primeros de la Transición) y la falta de autoridad para adoptar las medidas económicas de ajuste. Efectos socioeconómicos aparte, el capítulo cuatro evidencia que la crisis económica de 1973 tuvo también repercusiones en el campo de la teoría económica. De las recetas keynesianas, ineficientes para abordar la nueva situación de estancamiento económico, con aumento del paro y de la inflación, se regresó a las recetas políticas y económicas que tendían a reducir al mínimo la

intervención del Estado. El capítulo cinco, el último, recoge las conclusiones principales de trabajo.

2. DATOS, FUENTES Y ÁMBITO DE ESTUDIO

Los estudios de Angus Maddison (2003) y Brian R. Mitchell (2003), centrados en la economía mundial, es el más brillante ejemplo de los estudios dedicados al crecimiento económico. Representa la culminación de una línea de investigación madurada a lo largo de toda una generación de economistas e historiadores económicos: la preocupación por el crecimiento, el desarrollo económico y los factores que han provocado el proceso de modernización. Las consecuencia más evidente de lo que se acaba de indicar es que una aproximación al estudio del crecimiento y el bienestar económico, como se realiza en este trabajo para el periodo de la crisis del petróleo de 1973 y sus efectos socioeconómicos, requiere utilizar indicadores básicos para el análisis histórico de la economía. Para nuestro objetivo, emplearemos cuatro de ellos: el PIB, el PIB per cápita, el índice de inflación y la tasa de desempleo. Su uso concreto viene motivado por el hecho de que la crisis del petróleo de 1973 tuvo como principales consecuencias la ralentización del crecimiento y un aumento de la inflación y el desempleo. A continuación, presento las principales características de ambos indicadores de acuerdo con la teoría económica.

PIB: indicador de la producción agregada en la contabilidad nacional. Se define como el valor de mercado de los bienes y servicios finales producidos por una economía en un periodo. De esta definición deben señalarse los siguientes rasgos. En primer lugar, el PIB se valora a precios de mercado, de modo que incluye todos los impuestos indirectos sobre la producción y la importación. En segundo lugar, sólo incluye los fines y servicios finales, y no los intermedios. En la práctica, para su cómputo se incluye el valor añadido, evitándose así el problema de la doble contabilización. En tercer lugar, se trata de una variable flujo, que hace referencia a lo producido en un periodo, generalmente un año. Por último, es interior y bruto: interior, de modo que incluye lo producido en un territorio concreto, por factores productivos nacionales o extranjeros; y

bruto, de modo que incluye la depreciación, la reducción en el valor del capital fruto del uso o la obsolescencia (Diccionario de Teoría Económica, 2010: 196).

PIB per cápita: la renta por habitante ha sido el indicador convencional más usado por los economistas del desarrollo para evaluar el bienestar y la riqueza de las poblaciones de un determinado país. Es idóneo para establecer comparaciones internacionales, cuando las rentas de cada país se transforman a dólares constantes y ajustados a la paridad del poder adquisitivo (Maddison, 2003), pero adolece de numerosos problemas si se desea explorar el nivel de bienestar pues es un indicador demasiado tosco, al decirnos poco o casi nada sobre la dimensión social de la riqueza y de los ingresos. Se han señalado muchos inconvenientes, pero destacan el hecho de que no contemple los aspectos distributivos de la misma y la desigualdad social. La renta por habitante, obtenido de la división de la renta nacional por el número de habitantes de un país, mide el grado de riqueza y de los ingresos medios por el trabajo, pero obvia otros aspectos cardinales del bienestar y del nivel de vida, como el estrés, el esfuerzo producido por la intensidad del trabajo o el impacto que éste tiene en las enfermedades y la salud (Martínez Carrión, 2006). Las objeciones son numerosas, pero sigue siendo el principal indicador para medir el grado de riqueza y pobreza de una determinada población, como nos recuerdan los economistas, los historiadores económicos, los políticos y las instituciones económicas.

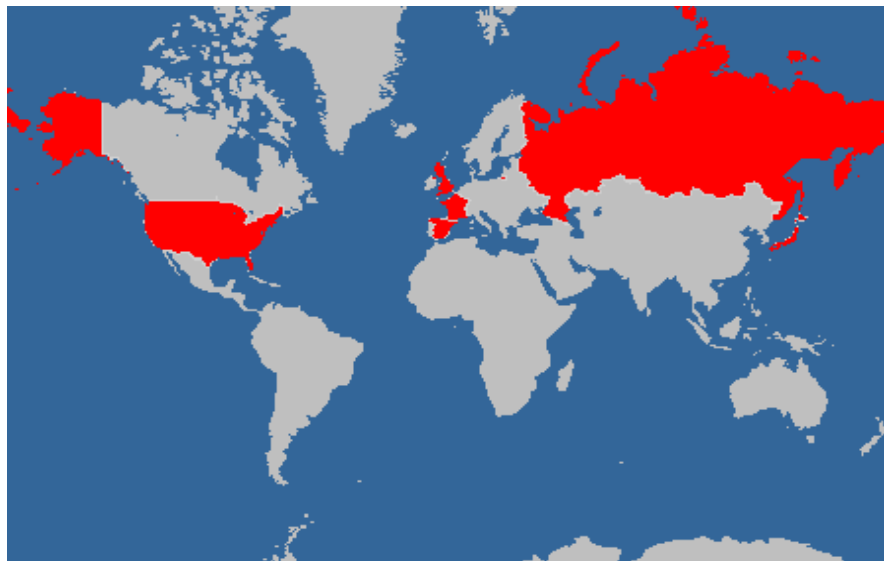
Inflación: aumento general y persistente del nivel de precios. La evolución de los precios se mide a través de Índice de Precios, el más utilizado de los mismos en el IPC. De acuerdo con el porcentaje de variación que experimenten los precios, se clasifica la inflación en *moderada* que es un aumento de los precios que no distorsiona gravemente los precios relativos de los bienes; inflación *galopante* que recoge tasas de inflación de más de dos dígitos y que sí causa cambios importantes en los comportamientos de los agentes económicos; e *hiperinflación* que se da cuando se experimentando aumento de precios muy elevados (1000%, un millón o mil millones al año) cuyos efectos económicos son devastadores. Por tanto, el proceso inflacionario puede generar importantes distorsiones en el funcionamiento de la economía y su control se ha convertido en uno de los objetivos básicos de la política económica que en algunas zonas económicas queda como objetivo fundamental del Banco Central como es el caso

de la Eurozona. La inflación tiene dos efectos fundamentales, provoca una redistribución de la renta y la riqueza entre acreedores y deudores y distorsiona los precios relativos de los bienes y por tanto distorsiona la información que lleva el sistema de precios y sobre la que los agentes toman decisiones de producción y consumo (Diccionario de Teoría Económica, 2010: 112).

Tasa de desempleo o paro: porcentaje de la población activa que se encuentra desempleada o parada. Se calcula como cociente entre el paro total y la población activa total expresado en porcentaje (Diccionario de Teoría Económica, 2010: 218).

Para analizar el impacto de la crisis del petróleo de 1973 y sus repercusiones socioeconómicas, este Trabajo de fin de Grado analizar la evolución de los indicadores enumerados anteriormente para varios países desarrollados o en fase avanzada de desarrollo: Estados Unidos, la Unión Soviética, Francia, Reino Unido, Japón y España (Mapa 1). Esta selección de países permite estudiar de manera genérica los efectos socioeconómicos de la crisis energética alrededor del mundo en distintos sistemas económicos y políticos, desde el capitalismo de Estados Unidos al comunismo de la URSS sin olvidar los dispares niveles de desarrollo ya fuera por motivos institucionales, como era el caso de la dictadura franquista en España, o por ser una cultura diferente a la occidental, como Japón.

Mapa 1. Muestra de países analizados



Fuente: Elaboración propia.

3. EL *SHOCK* PETROLERO DE 1973 Y SUS REPERCUSIONES ECONÓMICAS

3.1. El *shock* petrolero a nivel internacional

La crisis que se inicia a principios de la década de 1970 tuvo graves consecuencias, aunque no de la magnitud de la Gran Depresión de los años treinta. Los principales problemas económicos de la década fueron cuatro. En primer lugar, se produjo una ralentización del crecimiento económico, finalizando la etapa previa de elevada expansión. Las tasas en los setenta sólo parecen mediocres si las comparamos con las de las dos décadas anteriores. Para todos los países de la OCDE el crecimiento del PIB cayó del 5% anual en los sesenta al 2,5% en los años 1970-1978. Por contraste, las tasas de crecimiento entre 1970 y 1980 para Asia oriental se mantuvieron en torno al 5% e incluso los países del Sudeste asiático alcanzaron el 6,2%. También América Latina siguió creciendo a un ritmo elevado pero con desequilibrios crecientes (déficits públicos, problemas de balanza de pagos, etc.) mientras que en África éste se detuvo (Feliu y Sudriá, 2007; Comín, 2011).

En segundo lugar, la mayoría de los países de la OCDE alcanzaron tasas de inflación superiores al 10%. Aunque hubo diferencias por países, la tasa de aumento del IPC en los setenta fue más del doble que en la década previa. Si bien la inflación comenzó a crecer a finales de los sesenta, su nivel elevado y sostenido fue el hecho más singular de los setenta, más que la ralentización del crecimiento económico (Feliu y Sudriá, 2007; Comín, 2011).

En tercer lugar, la creación de empleo se estancó en un momento en el que la oferta de trabajo crecía por la incorporación al mundo laboral de la población procedente de la expansión demográfica de los sesenta o *baby boom* y el aumento de la participación laboral de las mujeres. El resultado fue una subida del desempleo constante y pronunciado. En Europa pasó del 2,5% en 1973 a más del 10% en 1985 y en ese mismo periodo en Estados Unidos aumentó del 5% al 7% (Feliu y Sudriá, 2007; Comín, 2011).

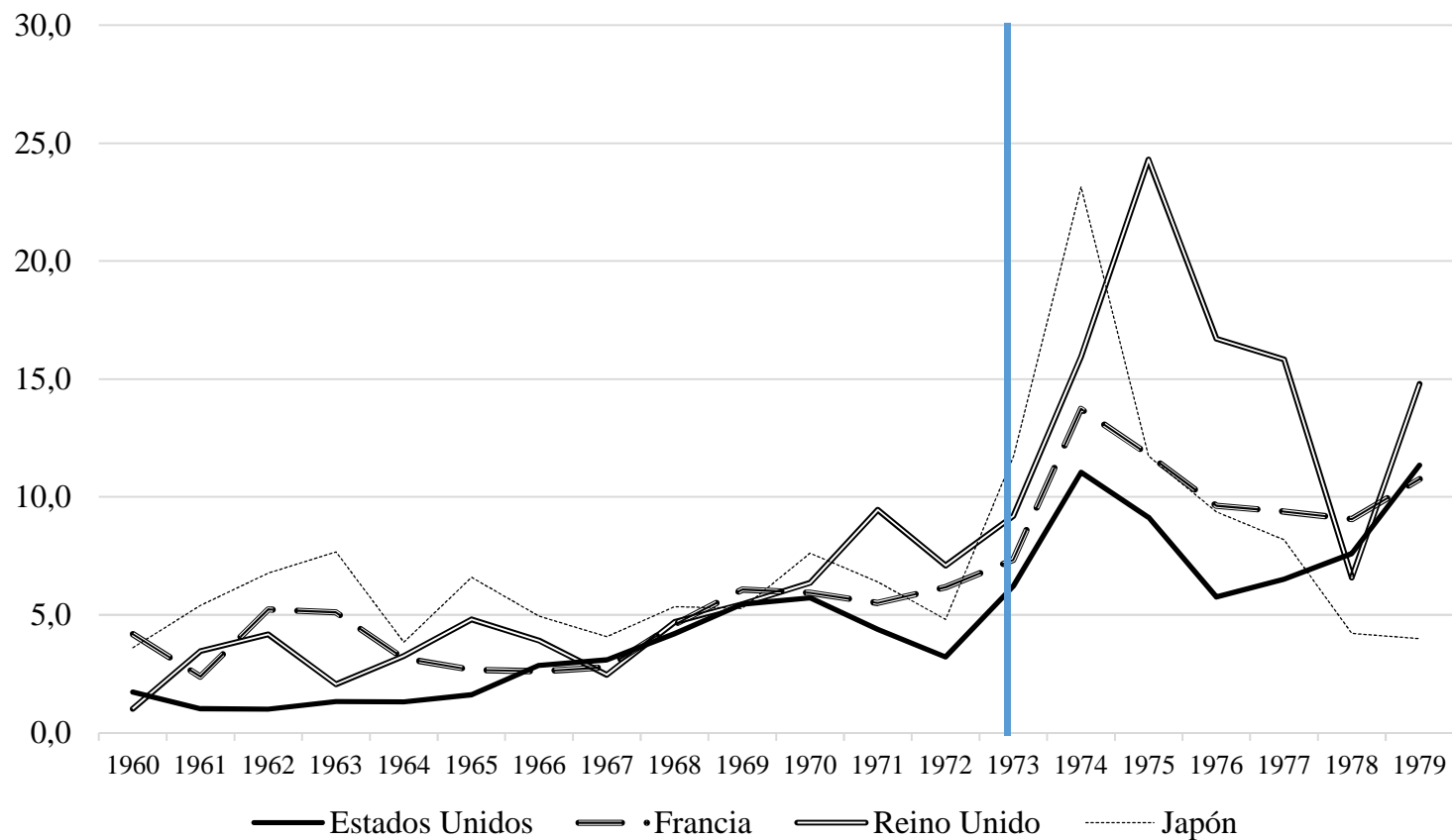
Finalmente, y en cuarto lugar, la crisis petrolera de 1973 generó graves desequilibrios externos. Mientras que los países productores de petróleo experimentaron fuertes supéravits (los denominados “petrodólares”), los países importadores netos de petróleo tuvieron un deterioro significativo de sus relaciones reales de intercambio (RRI) o relación entre los precios de exportación y los precios de importación, así como fuertes déficits de balanza comercial. Se produjo, por tanto, una transferencia de renta desde los países consumidores a los países productores de petróleo (Feliu y Sudriá, 2007; Comín, 2011).

¿Cuál fue el detonante de la crisis de los setenta? Pese a que el cambio de tendencia ya se vislumbraba a finales de los sesenta, el detonante fue el shock petrolero de octubre de 1973, cuando los países de la Organización de los Países Exportadores de Petróleo (OPEP) subieron el precio del crudo de tres a cinco dólares el barril, volviéndolo a subir en diciembre hasta situarse en doce dólares el barril. La decisión de la OPEP, creada en 1960 para controlar el mercado petrolero, y de la que formaban parte Irán, Irak, Kuwait, Arabia Saudita, Venezuela, Indonesia, Libia, Emiratos Árabes, Argelia y Nigeria, fue económica y política. A finales de los sesenta la inestabilidad en Oriente Medio creció (por ejemplo, con la Guerra de los Seis Días iniciada en 1967 por Israel para ocupar más tierras, la revolución Libia en 1969 o la guerra del Yom Kippur en el año 1973) y los cambios políticos acontecidos en este periodo llevaron a la nacionalización de las grandes compañías explotadoras de petróleo en algunos países árabes. De ese modo, mientras que en 1971 el precio del petróleo lo negociaban las grandes compañías petrolíferas (siete de ellas dominaban el 80% de la producción mundial) en 1973 lo fijaban los países productores. Así, en ese año la OPEP hizo efectivo su poder de monopolio: utilizaron el petróleo como instrumento político para castigar a los países que habían apoyado a Israel, pero sobre todo, mostraron al mundo su poderío económico, su capacidad para fijar los precios y la cantidad ofertada (Feliu y Sudriá, 2007; Comín, 2011).

La subida en el precio del petróleo, tras una etapa previa en la que éste era prácticamente fijo, desencadenó una crisis mundial. El crecimiento económico en las dos décadas anteriores se había basado en sectores intensivos en el consumo de energía,

el petróleo pasó a representar el 31% del total de la energía consumido en 1955 al 50% en 1975. A pesar de este incremento en el consumo, su precio se mantuvo estable hasta 1973 (entre finales de los años cincuenta y comienzos de los setenta permaneció en torno a los tres dólares el barril) (Feliu y Sudriá, 2007; Comín, 2011). El primer impacto directo de la subida fue un aumento directo de los costes de producción que se trasladó a los precios de venta provocando un repunte de la inflación (Gráfico 1). La suma de mayores costes de producción y menor demanda afectó a los beneficios empresariales, lo que desalentó la inversión y ralentizó el crecimiento económico (Gráfico 2), con el consiguiente impacto en el desempleo (Gráfico 3) y un empeoramiento relativo de los niveles de vida (Gráfico 4).

Gráfico 1. Tasa de inflación en varios países del mundo occidental, 1960-1979*



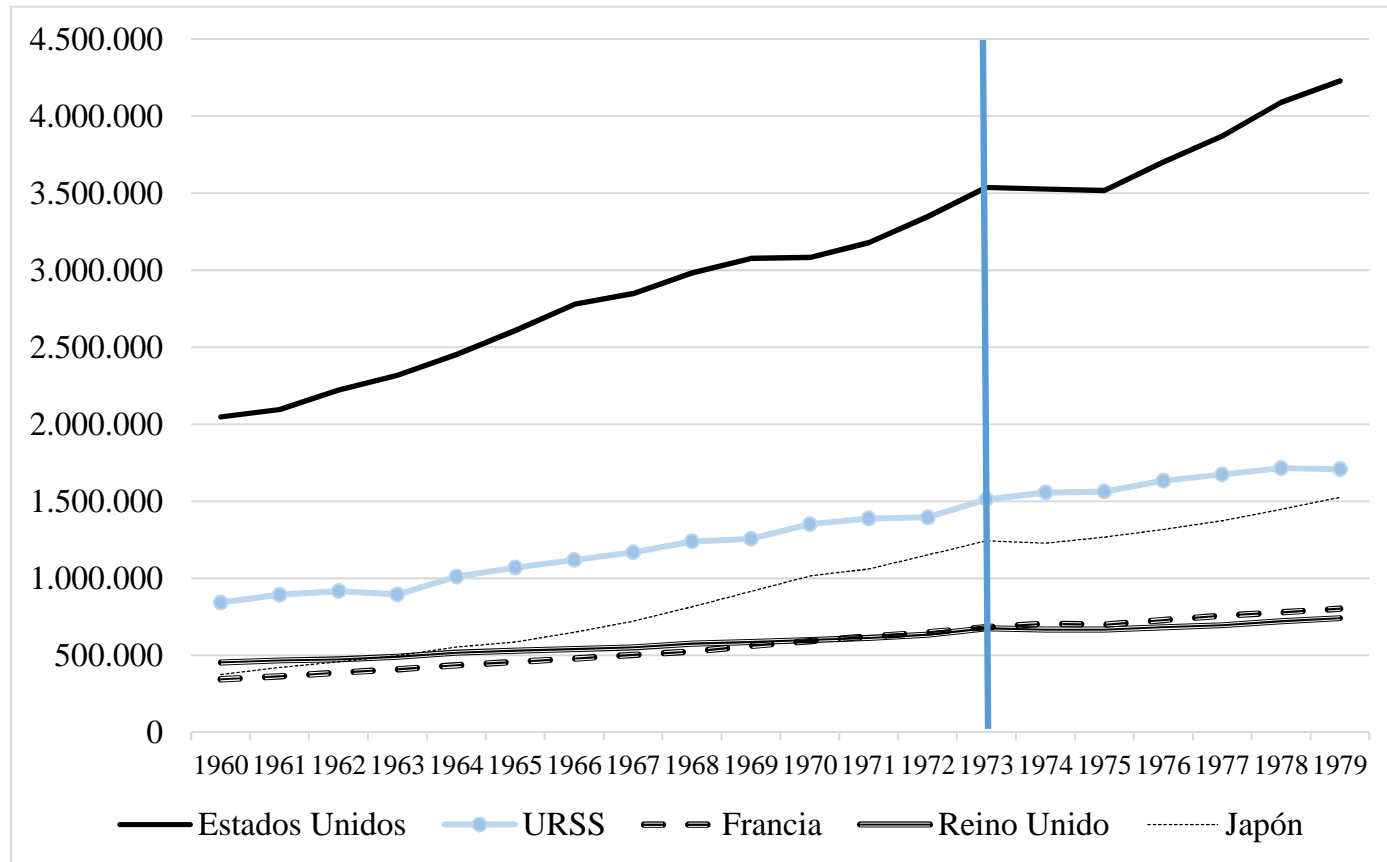
* Los datos en la Tabla 1 del Apéndice estadístico.

Fuente: www.clio-infra.eu/datasets/search

Repositorio de la Universidad de Zaragoza – Zagan

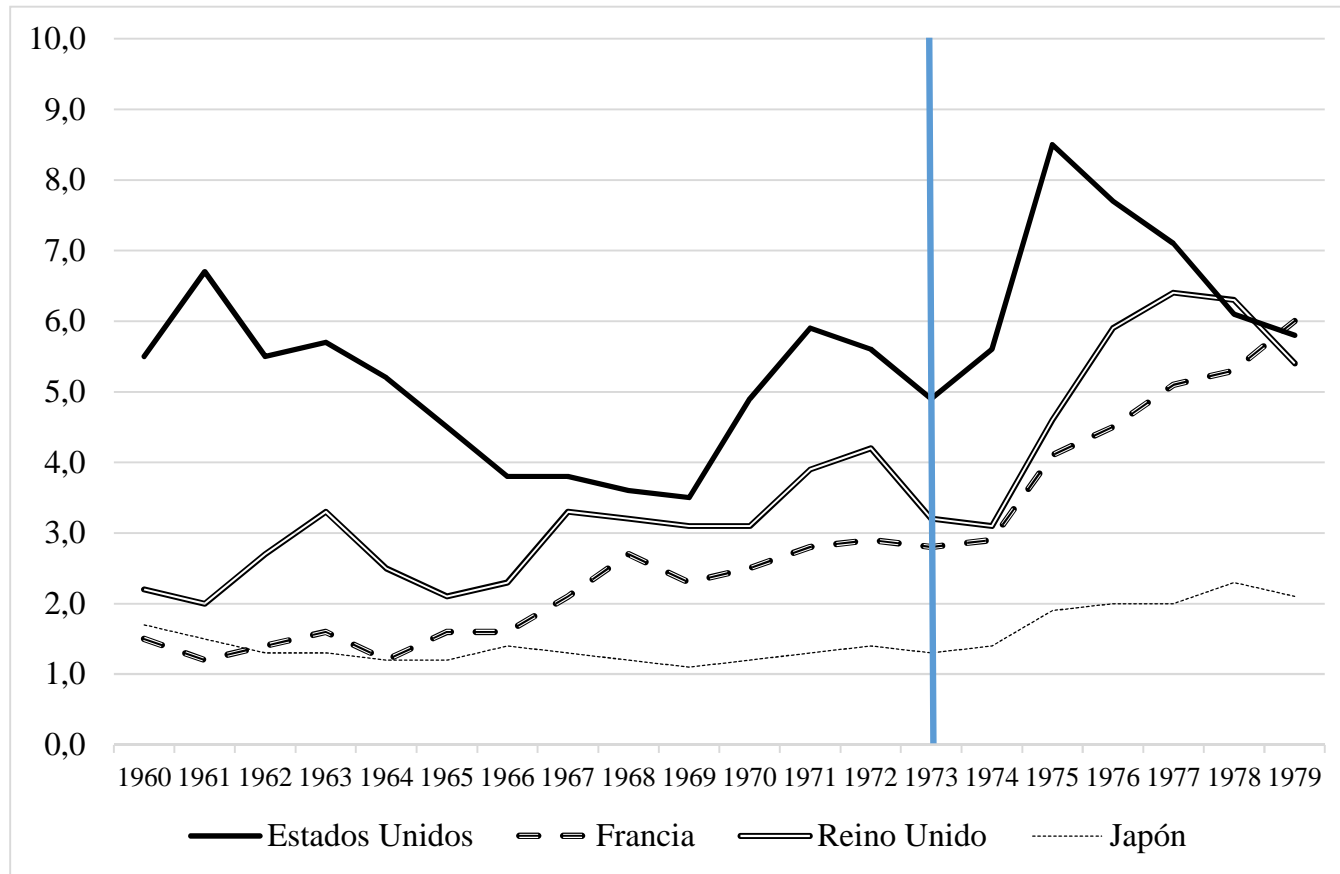
<http://zagan.unizar.es>

Gráfico 2. Evolución del PIB en varios países del mundo, 1960-1979* (millones de dólares de 1990)



* Los datos en la Tabla 2 del Apéndice estadístico.
Fuente: The World Economy: Historical Statistics

Gráfico 3. Tasa de desempleo en varios países del mundo occidental, 1960-1979 (en porcentaje)*



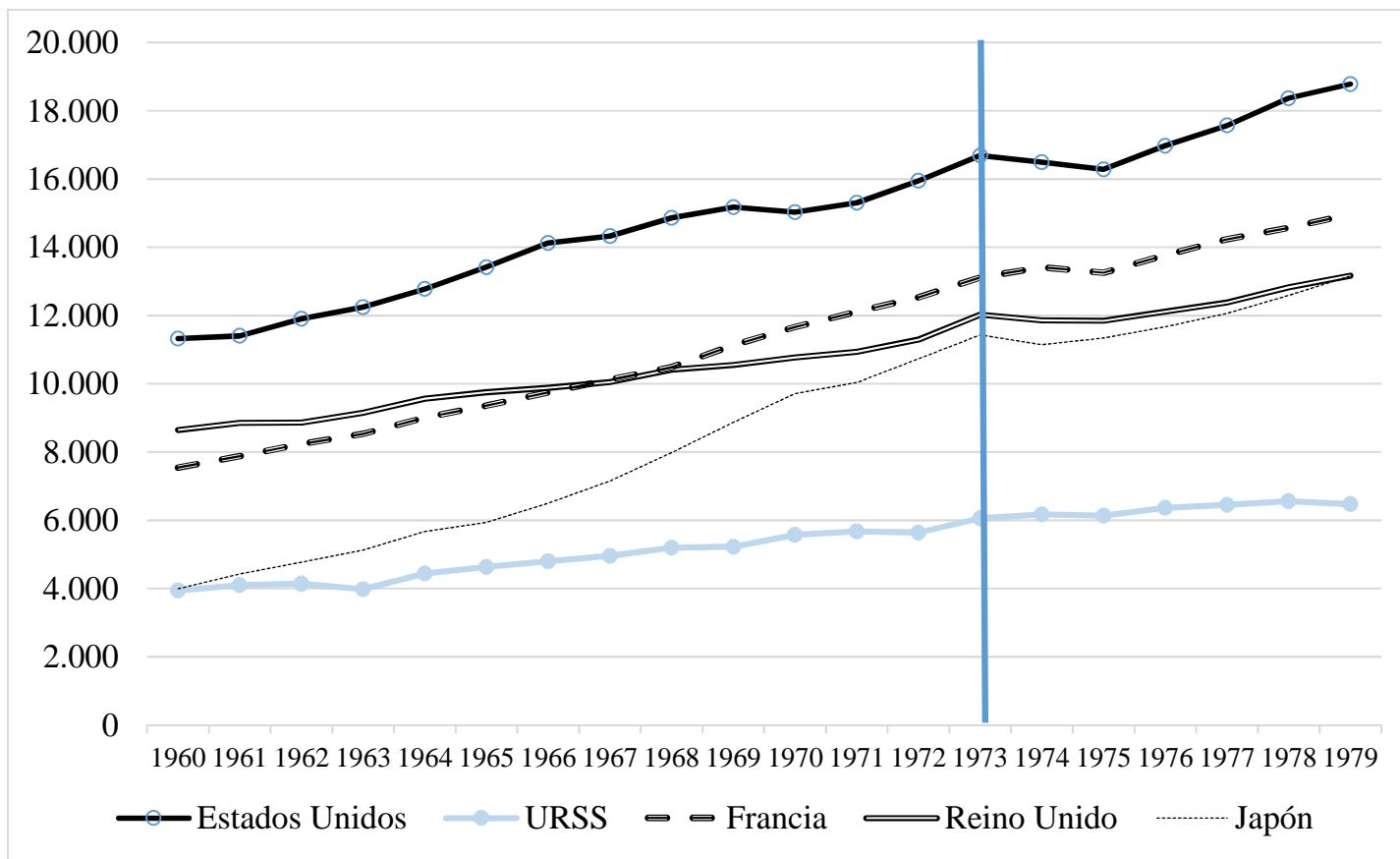
* Los datos en la Tabla 3 del Apéndice estadístico.

Fuente: Department of Labor Bureau of Labor Statistics August 1989, Página 555

Repositorio de la Universidad de Zaragoza – Zagan

<http://zagan.unizar.es>

Gráfico 4. Evolución del PIB per cápita en varios países del mundo 1960-1979 (millones de dólares de 1990)*



* Los datos en la Tabla 4 del Apéndice estadístico.
Fuente: The World Economy: Historical Statistics

Los problemas económicos obligaron al Estado a intervenir, lo que disparó el gasto público al tener que hacer frente a prestaciones por desempleo, jubilaciones anticipadas, etc, en un periodo en el que la construcción del Estado de bienestar había incrementado el déficit público en la mayoría de países (Feliu y Sudriá, 2007; Comín, 2011). Así, entre 1960 y 1982 el porcentaje que representaba el gasto público sobre el PIB en los países de la OCDE aumentó más de 20 puntos porcentuales. El aumento de la factura petrolera, hay que recordar, hizo que los países no productores experimentaran fuertes déficits por cuenta corriente y una caída en sus relaciones de intercambio (RRI).

La economía mundial apenas había tenido tiempo de asimilar el impacto de la primera subida cuando se produjo el segundo shock petrolero: entre 1979 y 1980 el precio del crudo subió un 150% (de 14 dólares por barril en 1978 a 35 en 1981). Esta nueva subida estuvo ligada a la creciente inestabilidad en Oriente Medio y a la caída en la oferta de crudo por la revolución iraní entre 1978-1979 y la guerra entre Irán e Irak en 1980. A partir de ese momento la crisis mundial se agravó. La inflación, nuevamente, se disparó, aumentaron los desequilibrios externos y el desempleo prácticamente se duplicó en muchos países industrializados (Feliu y Sudriá, 2007; Comín, 2011).

La elevada inflación no tuvo una causa única, aunque a menudo se haya responsabilizado casi de forma exclusiva al aumento del precio del petróleo. Otros factores contribuyeron a ella. En primer lugar, los aumentos salariales. Siguiendo la tendencia iniciada a mediados de los sesenta, los salarios continuaron subiendo. En este periodo en muchos países los sindicatos para intentar anticiparse a las subidas de precios basaron sus exigencias salariales en la inflación pasada y ese mecanismo de negociación salarial alimentó la subida de precios generándose una espiral salarios-precios. En segundo lugar, las malas cosechas provocaron la subida de los precios de algunas materias primas y alimentos. Finalmente, al estallar la crisis los distintos gobiernos intentaron estimular la actividad económica mediante políticas de estímulo público (aumento del gasto) que favorecieron la expansión de la liquidez y el crecimiento de la inflación (Feliu y Sudriá, 2007; Comín, 2011).

La situación de estancamiento económico se agravó cuando a las altas tasas de inflación se sumaron altas tasas de desempleo. A esta combinación se le conoce como *estanflación*¹ (Comín, 2011). Este fenómeno era novedoso ya que en crisis anteriores, como la de la Gran Depresión de los años treinta, la menor actividad económica había provocado un aumento del paro y una caída en el nivel general de precios, mientras que en los setenta y ochenta se simultanearon inflación y desempleo (Feliu y Sudriá, 2007; Comín, 2011). En 1958 William Phillips publicó un artículo en el que, basándose en datos para Reino Unido para el periodo 1861-1957, establecía una relación empírica negativa entre inflación y desempleo (Diccionario de Historia del Pensamiento Económico, 2008: 102). Dos años más tarde Paul Samuelson y Robert Solow publicaron resultados similares para Estados Unidos y a esta relación negativa entre inflación y desempleo la denominaron curva de Phillips. Según esta relación, cuando el desempleo es bajo la inflación se eleva mientras que el aumento en el paro lleva a su disminución. Por tanto, para reducir el desempleo sería suficiente una política fiscal expansiva (aumento del gasto público), si bien a costa de reducir el paro se elevaría la inflación. Por el contrario, para reducirla (inflación) se aplicaría una política monetaria restrictiva, y a cambio aumentaría el paro. En 1968 Milton Friedman y un poco más tarde Edmund Phelps cuestionaron esta relación: la política monetaria, excepto en el muy corto plazo, no puede reducir el desempleo aumentando la inflación. Y esta evidencia se confirmó en los años setenta cuando a las altas tasas de inflación se unieron altas tasas de desempleo (Feliu y Sudriá, 2007; Comín, 2011).

Igual que Estados Unidos y Europa occidental, también otras zonas del mundo ralentizaron su crecimiento y mostraron fuertes desequilibrios económicos. En la URSS los problemas de los setenta no tuvieron su origen en la subida del precio del petróleo, ya que ésta incluso rentabilizó la explotación de varios yacimientos. En otros países de la órbita soviética, sin embargo, las necesidades energéticas obligaron a importar mayores cantidades de crudo, aumentando su dependencia con respecto a la URSS en ocasiones en condiciones de abuso de poder, generándose déficits externos crecientes

¹ Situación económica en la que coincide una elevada tasa de inflación con una situación de estancamiento económico. Supone un dilema para la aplicación de políticas económicas, ya que en caso de aplicar políticas expansivas de gasto público (keynesianas) para tratar el estancamiento de la producción se agravaría el problema inflacionista, y de optar por políticas contractivas de reducción del gasto público (neoliberales) para moderar la inflación, el estancamiento económico sería mayor (Diccionario de Teoría Económica, 2010: 83).

(Feliu y Sudriá, 2007; Comín, 2011). Entre 1970 y 1975 la tasa de crecimiento de la URSS estuvo en torno al 3%, cayendo entre el 1% y el 2% entre 1975 y 1980, e iniciándose un fuerte declive a partir de 1980, con tasas de crecimiento entre 0,6% y el 1,8%².

3.2. El caso español

Los últimos años del franquismo y los primeros de la transición y de la democracia, constituyeron una de las coyunturas más críticas vividas por la economía española a lo largo del periodo contemporáneo. A los problemas derivados de la agonía de la dictadura franquista, y de la incertidumbre política, se sumaron los efectos de la crisis económica internacional derivada del brusco ascenso de los precios del petróleo a partir de 1973 y 1979 (Carreras y Tafunell, 2010; Maluquer de Motes, 2014). La crisis del petróleo de los años setenta desencadenó una espiral inflacionista y socavó los cimientos de la economía española. En pleno cambio político, el Gobierno de Adolfo Suárez se vio forzado a efectuar un duro ajuste basado en la contención salarial y en la disciplina fiscal. Como resultado, el paro se disparó (Carreras y Tafunell, 2010; Sudriá, 2012).

Tabla 1. El crecimiento económico en España, 1850-2000. Tendencias y fases

<i>Panel A. Tendencias a largo plazo:</i>	Tasa de crecimiento del PIB
1850-1950	1,34
1950-1974	6,42
1974-2000	3,03
1850-2000	2,45
<i>Panel B. Fases:</i>	
1929-1952	0,60
1952-1958	4,35
1958-1974	6,92
1974-1986	2,50
1986-2000	3,48

Fuente: Prados de la Escosura (2003).

² Como ha sido ampliamente estudiado, los factores que explicarían el fracaso del modelo soviético residían principalmente en que los recursos económicos iban dirigidos mayoritariamente a la industria militar. El problema fueron las ineficiencias al modelo de planificación y de crecimiento extensivo. Se produjo una caída en los niveles de producción, se agravó la escasez, aumentó el desempleo, el deterioro en los niveles de vida fue creciente y el clima de desconfianza llevó a una deslegitimación cada vez mayor del régimen. Además, el empeoramiento de la situación económica aumentó el endeudamiento externo que pasó, en los países de Europa de Este, de 6 a 110 billones de dólares entre 1970 y 1990 (Feliu y Sudriá, 2007; Comín, 2011).

Para comprender el impacto de la crisis del petróleo en España es necesario que nos detengamos primero en el estado de la economía española en vísperas de la crisis energética de 1973. Después del innegable desastre que significó la autarquía franquista (1939-1959), la liberación impulsada por el Plan de Estabilización de 1959, si bien incompleta, abrió paso a una etapa de crecimiento económico sin precedentes (Tabla 1). Este fue un proceso estrechamente vinculado a la gran expansión que se producía en toda Europa occidental. De Europa vinieron los turistas y los capitales que permitieron a España adquirir la maquinaria y la tecnología con la que se modernizó y amplió el sector industrial. A Europa fueron centenares de miles de trabajadores que contribuyeron con sus remesas a la mejora del país, tanto a escala macroeconómica como familiar (Carreras y Tafunell, 2010, Palafox, 2015).

La economía española creció entre 1960 y 1973 más que ninguna otra de la Europa avanzada, un crecimiento que se explica en gran medida por la magnitud del atraso anterior. Las estimaciones más fiables nos hablan de que el PIB per cápita de España era el 62% del de los principales países europeos antes de la Guerra Civil de 1936-1939 y que descendió 20 puntos en los años de la autarquía franquista. El gran crecimiento de los años sesenta permitió recuperar la cota perdida, pero no ir mucho más allá: hacia 1973, el PIB por habitante español era todavía el 64% del europeo (Prados de la Escosura, 2003). En todo caso, esta etapa de fuerte expansión modificó profundamente la estructura económica del país. La industria se diversificó y extendió sus raíces más allá de las regiones industriales tradicionales, mientras el turismo impulsaba la construcción y los servicios (Carreras y Tafunell, 2010; Maluquer de Motes, 2014).

Esta década larga de crecimiento acelerado, sin duda globalmente positiva, no se produjo sin sombras. El modelo de industrialización ocultaba problemas estructurales y carencias que se manifestarían al acabar la etapa de prosperidad:

1. El más importante de estos costes derivaba de los efectos de las arbitrariedades políticas que el Estado franquista impuso sobre el proceso de crecimiento. La economía seguía intervenida y fuertemente protegida, Mediante la concesión de vías privilegiadas de crédito y de otras ventajas a determinados sectores y empresas públicas y privadas, los Gobiernos de Franco provocaron que la inversión industrial se distribuyera en

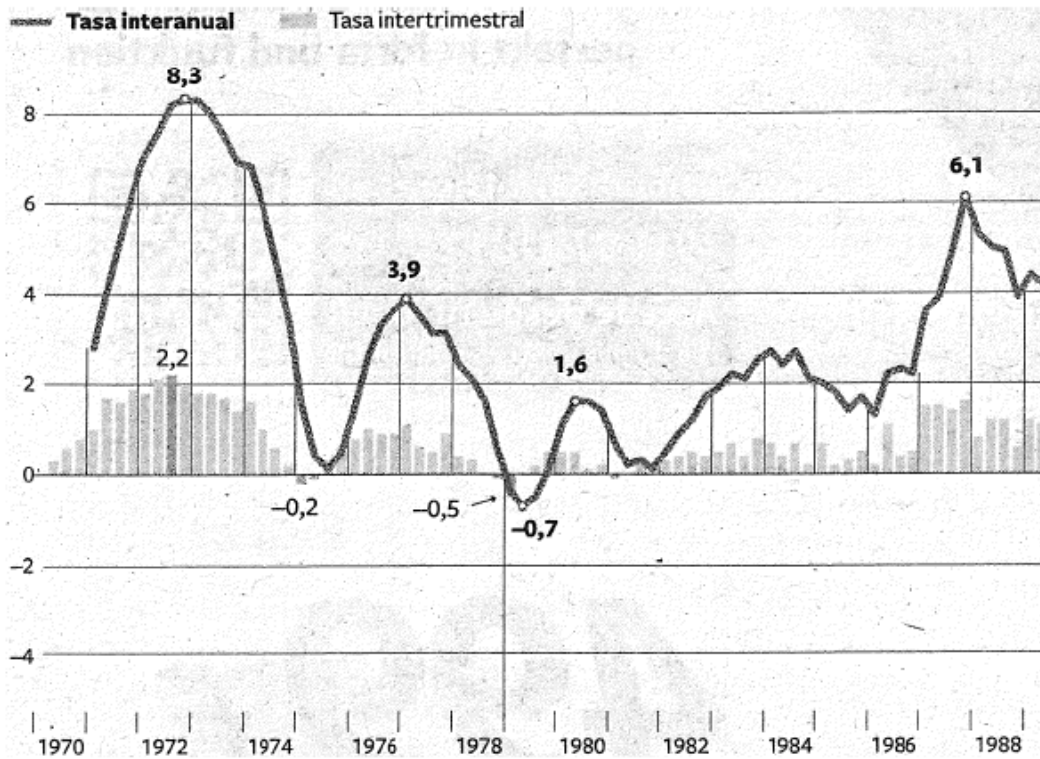
función de los intereses políticos o particulares de los dirigentes de turno y no conforme a la rentabilidad o a las expectativas de futuro de cada sector. La economía española presentaba así, a comienzos de los años setenta, una estructura deformada en la que habían adquirido un peso excesivo actividades que nunca fueron rentables y que pronto devendrían en insostenibles (Sudriá, 2012).

2. La hacienda mantenía todos sus defectos, el sistema financiero continuaba gozando de su posición oligopolista, persistía el atraso tecnológico, científico y educativo (Carreras y Tafunell, 2010; Leal, 2014).

3. Se había levantado un sector industrial basado en tecnologías maduras y de elevados consumos energéticos (Sudriá, 2012). Consecuentemente, otros de los costes surgidos en los años del desarrollismo fue una fuerte tendencia a la inflación debido en parte a las condiciones internacionales, pero también a factores internos.

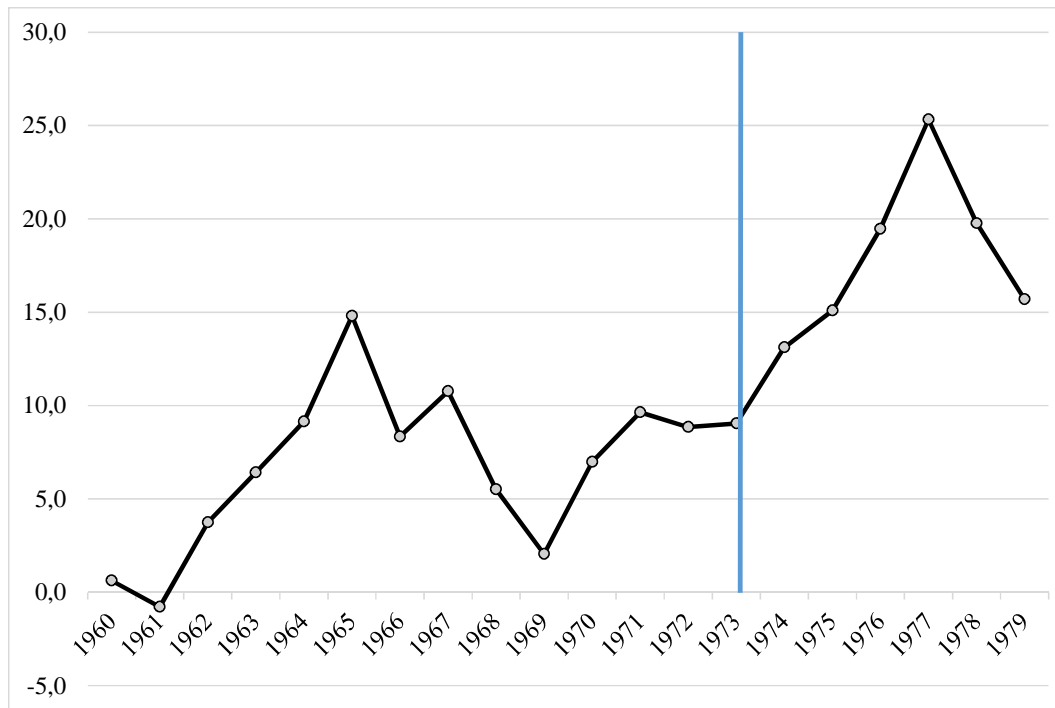
Sobre este escenario de desequilibrio estructural y de fuerte inflación impactó la crisis económica internacional derivada del brusco ascenso de los precios del petróleo en 1973. El barril de Arabia ligero (el de mayor consumo en España) pasó de 3 a 11,7 dólares entre octubre de 1973 y enero de 1974. Dos terceras partes del consumo energético español dependían de las importaciones de crudo. La factura a pagar aumentó en 2.500 millones de dólares, lo que significaba, por sí solo, un incremento del déficit comercial del 50%. Un impacto de ese calibre iba a tener, como era previsible, importantes consecuencias. A corto plazo implicaba un empobrecimiento colectivo por transferencia neta de recursos al exterior con el consiguiente desajuste fiscal (cuentas públicas), y una situación de estancamiento económico, con aumento de la inflación y el paro (Gráfico 5, 6 y 7) y la A nivel más profundo, de medio plazo, el cambio en los precios relativos de la energía conllevaba una alteración de las condiciones de producción y hacía inevitable un reajuste de carácter estructural del sector industrial (Sudriá, 2012; Izquierdo, 2014). Todo ello, como hemos visto en el subapartado anterior, en un contexto internacional de gran incertidumbre.

Gráfico 5. Tasa de crecimiento del PIB en España, 1970-1989 (en porcentaje)



Fuente: Instituto Nacional de Estadística (INE).

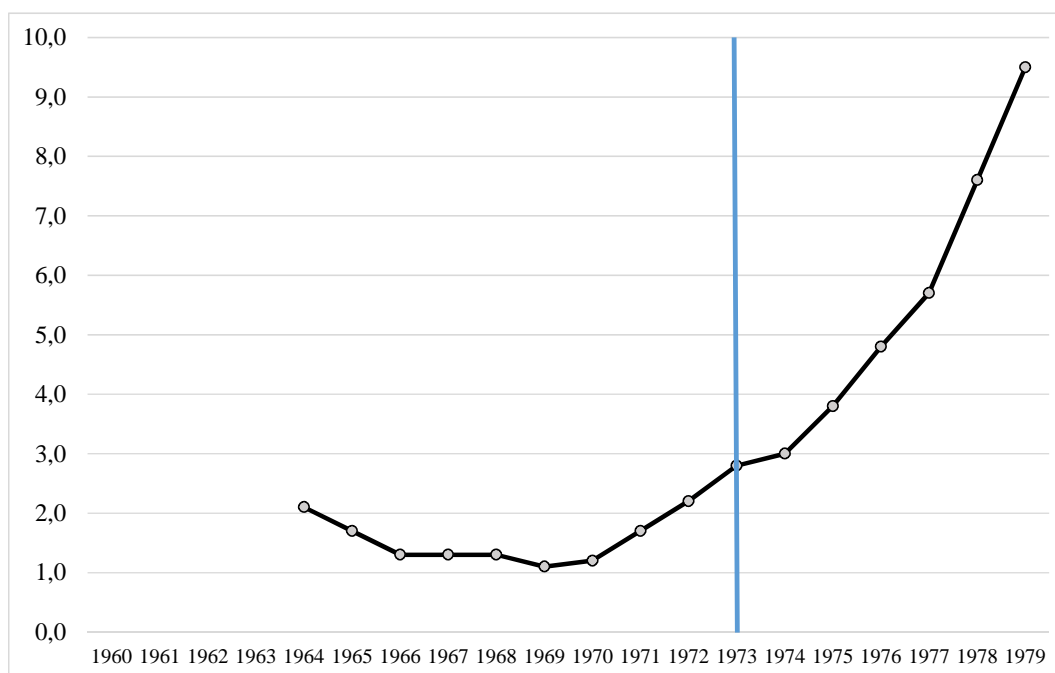
Gráfico 6. Tasa de inflación en España, 1960-1979*



* Los datos en la Tabla 1 del Apéndice estadístico.

Fuente: <https://www.clio-infra.eu/datasets/search>

Gráfico 7. Tasa de desempleo en España, 1960-1979* (en porcentaje)



* Los datos en la Tabla 3 del Apéndice estadístico.

Fuente: Estadísticas históricas de España (Albert Carreras y Xavier Tafunell), Página 148

Ante este panorama, las autoridades franquistas se vieron abocadas a tomar decisiones que iban a tener consecuencias de amplio calado. La primera de ellas, y la más trascendente a corto plazo, era la referida a los precios de venta interior de los derivados del petróleo. Como cabría esperar, un alza del crudo implicaba (como mínimo) incrementar los precios de venta de los productos derivados, lo que hubiera tenido efectos depresivos inmediatos sobre la actividad económica. No se trataba solo del transporte. Recordemos que desde los años sesenta se había levantado un sector industrial basado en tecnologías maduras y de elevados consumos energéticos. En este contexto concreto, el último Gobierno de Franco optó por una repercusión tan solo parcial, absorbiendo el Estado una parte del aumento del coste del crudo por la vía de reducir los impuestos que gravaban el consumo de derivados. Así, mientras los precios de las gasolinas y el fuel aumentaban tan solo en torno a un 20% en términos reales, los ingresos del Estado por la venta de derivados del petróleo disminuían un 35% (Sudriá, 2012).

Con el mismo objetivo de sortear los efectos de la crisis internacional tuvo lugar la segunda gran decisión de estos meses cruciales: el mantenimiento de una política monetaria laxa (relajada) destinada a evitar dificultades de financiación a las empresas (Sudriá, 2012). Se trataba de sostener la demanda interior ante el fuerte declive que estaba experimentando la demanda exterior. Hay que tener en cuenta que, a diferencia de lo ocurrido en España, los países europeos de nuestro entorno adoptaron de inmediato políticas de ajuste económico, transfiriendo los aumentos del precio del crudo a los consumidores y adoptando al tiempo medidas de control de la oferta monetaria para controlar la inflación. La consiguiente contracción económica (proceso económico en el que la producción per cápita y el empleo disminuyen) de estos países tuvo efectos inmediatos sobre España: en términos reales, los ingresos procedentes del turismo descendieron más de un 30%, y las exportaciones, casi un 8%.

Estas decisiones económicas (reducción de los impuestos que gravaba el consumo de derivados y una política monetaria más bien expansiva) continuaron tras la muerte de Franco en 1975 y el inicio del proceso de Transición. Todo ello derivó en un retraso del proceso de ajuste, con el consiguiente mantenimiento de tasas de crecimiento relativamente altas (Tabla 1), pero a costa de un agravamiento de los desequilibrios económicos de fondo (Sudriá, 2012). Pero en julio de 1976, cuando se produjo la dimisión forzada de Carlos Arias Navarro que permitió el acceso de Adolfo Suárez a la presidencia del Gobierno, la situación ya era muy delicada. La inflación interanual se acercaba al 20% (Gráfico 6), el déficit de la balanza exterior por cuenta corriente superaba los 4.000 millones de dólares y el déficit del Estado aumentaba sin parar. La política monetaria expansiva, además, no había podido evitar el ascenso del desempleo, que afectaba ya a más de medio millón de personas, el triple que tres años antes (Gráfico 7) (Sudriá, 2012; Izquierdo, 2014).

La prioridad otorgada al delicado proceso de Transición de la dictadura a la democracia hizo que la adopción de medidas económicas correctoras tuviera que esperar a la elección del primer Gobierno democrático. A principios de julio de 1977, el presidente Suárez, ratificado en las primeras elecciones libres, nombraba vicepresidente del Gobierno para asuntos económicos al profesor Enrique Fuentes Quintana, uno de los más prestigiosos economistas del país. Se iniciaba, por fin, una nueva etapa en la que el

ajuste económico se convertiría, tras el proceso de Transición política a la democracia, en el objetivo más importante de la actualidad pública (Carreras y Tafunell, 2010).

El retorno al equilibrio económico exigía, en primer lugar, poner fin a la incontrolada sucesión de aumentos de precios y salarios que estaba en el origen de la espiral inflacionista. El Estado, por otro lado, debía reducir el déficit público y el consecuente recurso a la deuda, para evitar que el endeudamiento alcanzara niveles insostenibles. El partido gobernante en esos años, la UCD de Adolfo Suárez, no disponía más que de mayoría relativa en el Parlamento. El Gobierno, en esta situación, promovió una negociación multilateral en la que, además del propio Gobierno, participaron las fuerzas políticas con representación parlamentaria, los sindicatos y las entidades patronales, y que desembocó en los llamados Pactos de la Moncloa, firmados en octubre de 1977 (Sudriá, 2012; Izquierdo, 2014; Leal, 2014). Los elementos fundamentales del acuerdo pueden resumirse en los siguientes:

1. Un ajuste económico a corto plazo basado en la contención salarial, una política monetaria restrictiva, la reducción del déficit público y la devaluación de la peseta.
2. La introducción de algunas reformas consideradas indispensables en el nuevo contexto político, como la modernización del sistema fiscal, la aprobación de un nuevo marco jurídico de las relaciones laborales y la liberalización del sistema financiero.

Los efectos estabilizadores de las medidas aprobadas se observaron a lo largo de 1978 y 1979. Por ejemplo, la devaluación de la moneda hizo que la balanza por cuenta corriente se tornara positiva, mientras la restrictiva política monetaria permitió reducir la tasa de inflación del 25% al 15% (Gráfico 6) (Sudriá, 2012; Izquierdo, 2014; Leal, 2014). Como era de esperar, el enfriamiento económico tuvo efectos sobre el crecimiento, que se contrajo y se convirtió en levemente negativo en 1979 (Gráfico 5).

Cuando el ajuste económico parecía próximo a completarse y se empezaba a detectar cierta recuperación, la economía mundial -y también la española- se vio afectada nuevamente por la segunda crisis del petróleo, la de 1979 (Carreras y Tafunell, 2010; Maluquer de Motes, 2014; Sudriá, 2012). Esta vez, la razón fue la instalación de un régimen de base religiosa en Irán, uno de los principales países productores de crudo,

y el inmediato estallido de una guerra abierta entre ese país y el vecino Irak, otro país gran productor. De nuevo, los precios se multiplicaron: de 12,7 dólares por barril de principios de 1979 se pasó a 26 dólares a principios de 1980 y a 37 dólares a finales de ese mismo año (Carreras y Tafunell, 2010). A España, en particular, le pilló en una difícil situación, ya que mientras los grandes países industriales habían reducido la demanda final de energía, en nuestro país había aumentado un 10%. Esta nueva subida en el precio del crudo, desplomó cualquier esperanza de reanimación económica y produjo otra vez un fuerte desajuste macroeconómico. La inflación dejó de reducirse y se mantuvo durante varios años en torno al 15% anual (Gráfico 6), los costes laborales seguían creciendo y las empresas procedían a fuertes reajustes de plantilla, elevándose la tasa de paro hasta el 16,6 por ciento (Gráfico 7), mientras que el déficit público pasaba del 1,7% a casi el 6% del PIB y la balanza por cuenta corriente se volvía de nuevo negativa por unos 5.000 millones de dólares anuales. El Gobierno de Suárez, ahora sí, optó por repercutir en los consumidores el incremento de los precios del crudo. Como resultado, la economía española se estancó de nuevo y no volvió a la senda de la recuperación hasta mediados de la década de 1980 (Gráfico 5) (Carreras y Tafunell, 2010; Sudrià, 2012). Así es, cuando los socialistas llegaron al Gobierno en 1982 la economía española se encontraba todavía inmersa en los efectos de la segunda crisis energética. No se había conseguido frenar la inflación (Gráfico 6) y las cifras y localización del desempleo ponían de manifiesto la profundidad de lo que era, evidentemente ya, una crisis industrial o, mejor dicho, una crisis de *desindustrialización*. La primera mitad de la década de los ochenta fue dramática: fueron los años de la llamada reconversión industrial³ (Carreras y Tafunell, 2010; Sudrià, 2012).

³ La crisis no afectó de igual manera a todas las industrias, ni su capacidad de reacción fue la misma. Las llamadas ramas de demanda débil (siderurgia, construcción naval, productos metálicos...) fueron las que más acusaron la contracción del mercado interior y las que peor pudieron adaptarse a la búsqueda de mercados exteriores como vía de salida. La crisis se concentró en las regiones con sectores industriales más poderosos: el País Vasco y Asturias. En términos *per cápita*, Vizcaya pasó, entre 1975 y 1985, del puesto 2 al 16 por producción y del 1 al 14 por los ingresos, y Guipúzcoa pasó del 1 al 7 y del 3 al 11, respectivamente. En renta familiar disponible, pasaron del tercer puesto al vigésimo primero en el caso de Vizcaya, y del primero al décimo cuarto en el de Guipúzcoa. Las tasas de crecimiento anual descendieron al 1,1% entre 1979 y 1985, por debajo de la media nacional que fue de 2,7, mientras el paro subió del 2,4 en 1975 al 23,5% en 1986. La desaparición de la cabecera del Altos Hornos de Vizcaya y de la compañía Euskalduna de construcción naval, así como el cierre de otros pequeños astilleros y compañías industriales de la ría del Nervión fue la demostración más dramática del alcance de la crisis vizcaína. La estructura oligopolizada y protegida en la que se había desenvuelto hasta entonces la industria siderúrgica se había reflejado en la estrecha relación entre la empresa privada líder del sector, Altos Hornos de Vizcaya, y el Instituto Nacional de Industria (INI) (Carreras y Tafunell, 2010; Maluquer de Motes, 2014).

La segunda mitad de la década de 1980 fue esplendorosa (Gráfico 5). Se cerró la crisis económica y se inició un ciclo de notable crecimiento, que en parte fue posible por el ajuste previo, y también por la positiva coyuntura exterior y la entrada definitiva de España en la Comunidad Económica Europea, aunque la caída de los precios del petróleo fuera la causa más determinante de la bonanza. Durante estos años la economía española creció en torno al 3% (Gráfico 5). Sin embargo, la crisis de principios de década se cerró en falso. Aunque la economía, como se ha dicho, volvió a crecer, lo hizo sin resolver algunos desequilibrios básicos. Como indicábamos anteriormente, la indispensable reconversión industrial solo se abordó a la llegada del partido socialista al poder. La inflación había descendido hasta el 7%, pero seguía siendo más elevada que la de los países vecinos. Finalmente, esta crisis dejó como herencia negativa el problema del paro. La intensidad del ajuste industrial significó una gran sangría de puestos de trabajo (Carreras y Tafunell, 2010; Maluquer de Motes, 2014).

En definitiva, la crisis de los años 1973-1985 fue una crisis de carácter mundial, pero que tuvo en España características específicas que podemos resumir en dos: por un lado, la debilidad de los Gobiernos que tuvieron que afrontarla (Carreras y Tafunell, 2010; Leal, 2014; Sudrià, 2014); y por otro, una economía con graves defectos estructurales, surgidos de un crecimiento fuertemente intervenido y protegido de la competencia exterior (Carreras y Tafunell, 2010; Maluquer de Motes, 2014). Las necesarias decisiones de ajuste se tomaron con retraso y conllevaron en consecuencia un mayor coste, y las deformaciones estructurales pasaron su factura en forma de unas tasas de paro muy superior y más persistente que las sufridas por otros países de nuestro entorno (Carreras y Tafunell, 2010; Maluquer de Motes, 2014).

4. EL SHOCK PETROLERO DE 1973 Y SUS REPERCUSIONES EN EL ÁMBITO INSTITUCIONAL Y DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO

4.1. La crisis del Estado de bienestar y la aparición del neoliberalismo

Las respuestas iniciales a la crisis de 1973 agravaron aún más los problemas económicos, ya que los gobiernos europeos aplicaron las recetas keynesianas, aumentando el gasto público e impulsaron el Estado de bienestar (Feliu y Sudriá, 2007; Comín, 2011). Es decir, siguieron practicándose las políticas de rentas y, como compensación por la contención de salarios producida, los gobiernos incrementaron los gastos públicos en sanidad y desempleo y aumentaron otras prestaciones de la Seguridad Social, como las pensiones de jubilación. Esto aumentó el volumen de la deuda pública en circulación. Según algunos autores, todo ello redujo los incentivos económicos para la innovación y ralentizó la reasignación de los trabajadores entre los distintos sectores económicos (Comín, 2011).

En efecto, ante la crisis económica de 1973, los gobiernos pusieron en práctica una política de compensación, recurriendo a las políticas keynesianas. Sin considerar que la crisis había sido ocasionada por un problema de oferta (y no de demanda), retrasaron el ajuste productivo necesario para hacer frente al aumento de los precios del petróleo. Este aumento había reducido la renta real de los países importadores del crudo porque el mayor precio suponía una transferencia de renta hacia los países exportadores, que acumularon reservas exteriores. En suma, la política keynesiana agravó la crisis económica. Aunque los mecanismos estabilizadores del Estado de bienestar funcionaron (aumentaron los gastos por el seguro de desempleo, mientras cayó la recaudación por el impuesto sobre la renta como reflejo de la crisis), los gobiernos aumentaron los gastos públicos para subvencionar a empresas públicas y privadas afectadas por la crisis. Ello amplió el desequilibrio presupuestario. Además, las políticas monetarias iniciales ante la crisis de los países europeos fueron expansivas, con aumentos de la oferta monetaria, para financiar el déficit del presupuesto estatal. Esto último incrementó el nivel general de precios y los tipos de interés reales (el tipo de interés nominal menos la tasa de inflación) llegaron a ser negativos. La intensa inflación llevó a los trabajadores a negociar incrementos salariales que superaban la inflación, lo que provocó una sucesión creciente de crecimientos de precios y de salarios (Feliu y Sudriá, 2007; Comín, 2011).

Las respuestas iniciales de la política económica ante la crisis del petróleo, en lugar de reducirlo como preveía la teoría keynesiana, ampliaron aún más el desempleo. La relación inversa entre la tasa de inflación y la de desempleo, teorizada en la curva de Phillips y contrastada positivamente para la décadas previas a la crisis de 1973, había dejado ahora de cumplirse (desempleo e inflación se dieron simultáneamente desde 1973). En consecuencia, la inutilidad de las medidas keynesianas y la gravedad de la crisis económica pusieron en cuestión el sistema socioeconómico establecido en Europa después de la Segunda Guerra Mundial (Feliu y Sudriá, 2007; Comín, 2011). El Estado de bienestar, las políticas de rentas y las políticas keynesianas comenzaron a ser criticadas por los partidos de derechas, por los economistas liberales y por los contribuyentes de rentas altas, que consideraba que tributaban demasiado a la Hacienda estatal y que el gasto público era demasiado elevado, pues rondaba ya en algunos países el 50% del PIB. Es decir, se planteaba ya la crisis del Estado fiscal basado en los impuestos progresivos.

En 1979, la crisis del petróleo volvió a golpear a la economía mundial, pues los precios del petróleo se dispararon de nuevo. No obstante, esa vez los gobiernos europeos ya habían aprendido la lección y reaccionaron de manera distinta. El fracaso de las políticas keynesianas no sólo cambió el rumbo de las políticas económicas, sino también de la corriente principal de la teoría económica. La doctrina keynesiana dejó el sitio al neoliberalismo⁴ y, sobre todo, a los neomonetaristas, como Milton Friedman, con sus nuevas teorías de los mercados eficientes, que declaraban que los gobiernos tenían que liberalizar y desregular los mercados, y que la inflación es un fenómeno monetario (Comín, 2011; Diccionario de Historia del Pensamiento Económico, 2008: 44). Las doctrinas económicas predominantes entre 1980 y comienzos del siglo XXI proponían una política económica similar a la defendida por la escuela neoclásica ante de la Gran Depresión de los años treinta. Por tanto, desde los años ochenta, los economistas predominantes habían retornado a la era prekeynesiana: el Estado mínimo, la liberalización de los mercados (retorno al capitalismo liberal del *laissez-faire*; *laissez-passer*) y el equilibrio presupuestario (Comín, 2011).

⁴ Teoría política y económica que tiende a reducir al mínimo la intervención del Estado.

Las economías mixtas, generalizadas en el mundo occidental entre la Segunda Guerra Mundial y mediados de la década de 1970, habían conjugado, con un cierto equilibrio, la asignación de recursos realizada por los mercados con la efectuada por los gobiernos, a través de las decisiones públicas y la regulación. Pues bien, como consecuencia de las crisis energéticas de los años setenta, tras la revolución conservadora neoliberal, en términos políticos, monetaristas y de pensamiento económico, aquellas economías mixtas se decantaron a favor de los mercados (que se suponían eficientes), pues los gobiernos trataron de minimizar el papel del Estado (que se suponía ineficiente). Estas doctrinas liberales acabaron imponiéndose e implicaron la liberalización exterior, el ataque al Estado de bienestar y la empresa pública, y la desregulación de los mercados interiores (Comín, 2011). Las victorias electorales de Margaret Thatcher en el Reino Unido, en 1979, y de Ronald Reagan en Estados Unidos, en 1980, dieron un reconocimiento político a las estrategias de crecimiento basadas en el mercado y en la reducción de la intervención de los gobiernos en la economía a nivel mundial. No obstante, el antecedente de la revolución conservadora neoliberal en la política económica tuvo lugar en Chile bajo la dictadura de Augusto Pinochet, que contó con el asesoramiento personal de Milton Friedman y con la colaboración de la llamada Escuela de Chicago⁵.

Desde la década de 1980 se comenzaron a aplicar nuevas políticas para reducir el tamaño del Estado de bienestar y, en consecuencia, de los déficits fiscales en algunos países de la Europa occidental (por ejemplo el Reino Unido, Francia, Dinamarca e Irlanda). Políticas similares se pusieron en práctica en Estados Unidos. Además, la Comunidad Económica Europea aprobó en 1986, el programa de Mercado Interior Único (además de la ausencia de barreras arancelarias, que definía el mercado común, había que quitar los obstáculos al comercio entre de los países, como las barreras administrativas) para intensificar la competencia entre los países europeos, tanto en los mercados de productos como en los financieros. En la década de 1990 se siguió el proceso de reducción del déficit y de reformas en los mercados de trabajo europeos (en

⁵ Los inicios de la Escuela de Chicago se remontan a la década de 1920. Tras un momento de declive en los años cuarenta, la Escuela resurgió de la mano de George J. Stigler y Milton Friedman, quienes aportaron los rasgos más característicos de esta escuela en la segunda mitad del siglo XX. El rechazo a las teorías keynesianas y su sesgo liberal son los principales atributos de esta escuela (Diccionario de Historia del Pensamiento Económico, 2008: 37).

busca de mayor flexibilidad laboral), con el fin de mejorar la competitividad de las economías europeas (Comín, 2011).

En definitiva, tras las crisis energéticas de la década de 1970, las políticas económicas cambiaron drásticamente. Desde entonces, el objetivo de eficiencia de los mercados en la asignación de los recursos comenzó a imponerse al de la redistribución de la renta. Ello suponía alterar el funcionamiento de las economías mixtas nacidas tras la Segunda Guerra Mundial. Por un lado, para mejorar la eficiencia había que dejar trabajar a los mercados libres, quitando las regulaciones estatales existentes. Por otro, suponía la aplicación en los países desarrollados (y en los emergentes que ya comenzaban a despuntar) de una nueva política económica cuyos objetivos eran: el control de la inflación, la reducción del déficit presupuestario y la disminución del déficit exterior. De esta manera, ante el fracaso de las políticas de demanda (keynesianas), los gobiernos se centraron en las políticas de oferta (neoclásicas). El objetivo principal era la creación de mercados libres, que se suponían eficientes, mediante la liberalización y desregulación de los mismos y la privatización de las empresas públicas. Estas reformas (estructurales) se aplicaron sobre todo en los mercados de trabajo, de capitales y en los monopolios públicos (como las industrias de servicio de red como electricidad, gas, teléfonos, ferrocarriles y aviación, fundamentalmente).

5. CONCLUSIONES

De 1950 a 1973, la economía mundial vivió una etapa de crecimiento económico excepcional por su amplitud, su duración y su regularidad. Durante casi tres décadas, el progreso científico, las innovaciones técnicas y el espectacular aumento de la productividad provocaron un extraordinario e ininterrumpido crecimiento de la producción, del nivel de vida y del consumo, además de una caída de la desigualdad social. La crisis petrolera de 1973, motivada por un brusco ascenso de los precios del petróleo, fue el detonante del fin de una época dorada. La subida de los precios aceleraron la crisis económica, principalmente en el sector industrial, y mostraron no solo los peligros de la dependencia energética, sino también la cara oculta de la segunda globalización: los efectos negativos que los conflictos políticos pueden tener en la evolución económica.

Este Trabajo de fin de Grado ha tenido como objetivo principal analizar el impacto que el *shock* petrolero de 1973 tuvo sobre algunas economías del mundo, incluida la española, y las políticas económicas. En el ámbito estrictamente económico, el aspecto más negativo de la crisis económica de 1973 fue la elevación persistente del nivel general de precios, más que la ralentización del crecimiento, que se produjo. La situación empeoró cuando a las altas tasas de inflación se sumaron altas tasas de desempleo, dando lugar a lo que posteriormente se denominó estanflación. Este fenómeno, que hace referencia a una situación de estancamiento económico, con aumento del paro y de la inflación, era una circunstancia desconocida ya que en crisis anteriores la menor actividad económica había provocado un aumento del paro y una caída en el nivel general de precios por una caída de la demanda. En la década de 1970 y comienzos de la de 1980 inflación y desempleo contemporizaron. Basándose en las soluciones de los años treinta, los economistas y los gobiernos se apresuraron a aplicar, de forma general, políticas keynesianas frente a la crisis. Pero el aumento del gasto público para estimular la demanda y el mantenimiento de una política monetaria expansiva agravaron las tensiones inflacionistas y los déficits fiscales de muchos países. Esta situación afectó de lleno al Estado de bienestar. El aumento de los gastos, muy ligado al pago por las prestaciones por desempleo, y las dificultades crecientes para incrementar los ingresos pusieron en cuestión su

viabilidad. La subida de la inflación sin lograr que el desempleo disminuyese obligó a los gobiernos a modificar la política económica. Se produjo, entonces, un cambio en la doctrina económica hacia el neoliberalismo, la denominada “revolución conservadora”, y la inflación a través de una política monetaria restrictiva se convirtió en el objetivo prioritario. A su vez, se intentó controlar el déficit público y se apostó por una economía más liberalizada y desregulada.

En el caso español, la crisis del petróleo de los años setenta desencadenó una espiral inflacionista y debilitó a la economía española. En 1973, España importaba el 66% del petróleo consumido. Los últimos Gobiernos de Franco agravaron la situación al reducir los impuestos que gravaban el consumo de derivados del petróleo y mantener una política monetaria moderadamente expansiva destinada a evitar dificultades de financiación a las empresas y familias. Se trataba de sostener la demanda interior ante la fuerte caída que estaba experimentando la demanda exterior. Ambas políticas provocaron un aumento del déficit público. En pleno cambio político, el Gobierno de Adolfo Suárez se vio forzado a efectuar un duro ajuste basado en la contención salarial y en la disciplina fiscal (reducción del gasto público y política monetaria restrictiva).

BIBLIOGRAFIA Y BASE DE DATOS

CARRERAS, A. y TAFUNELL, X. (eds.) (2010): *Estadísticas Históricas de España*, Fundación BBVA, Barcelona.

CARRERAS, A. y TAFUNELL, X. (2010): *Historia económica de la España contemporánea*, Crítica, Barcelona,

COMÍN, F. (2011a): *Historia económica mundial. De los orígenes a la actualidad*, Alianza Editorial, Madrid.

DICCIONARIO DE HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO. *Economistas, escuelas y corrientes de pensamiento económico* (2008), Luis Perdiges de Blas (coord.), Ecobook-Editorial del Economista, Madrid.

DICCIONARIO DE TEORÍA ECONÓMICA (2010), Luis Palma Martos (coord.), Ecobook-Editorial del Economista, Madrid.

FELIU, G. y SUDRIÀ, C. (2007): *Introducción a la historia económica mundial*, Publicacions Universitat de València, Valencia,

IZQUIERDO, J.M. (2014): “Los Pactos de la Moncloa y la fugacidad de Fuentes Quintana”, *El País*, 31 de Agosto de 2014.

LEAL, J.L. (2014): “La política económica de la Transición”, *El País*, 4 de mayo de 2014.

MADDISON, A. (2003): *The World Economy: Historical Statistics* (Volume 2 y version electrónica), OECD, París.

MALUQUER DE MOTES, J. (2014): *La economía española en perspectiva histórica*, Pasado & Presente, Barcelona.

MARTÍNEZ CARRIÓN, J.M. (2006): “El nivel de vida y el bienestar en la España contemporánea. Nuevas aportaciones”, en Bolòs, J., Jarne, A. y Viñedo, E. (eds.), *Condicions de vida al món rural. V Congrés sobre sistemes agraris, organització social i poder local*, Inst. D’Estudis Ilerdens, Lleida , pp. 285-339.

MITCHELL, B.R. (2003): *International Historical Statistics. Europe, 1750-2005*, Palgrave Macmillan, New York.

PALAFIX, J. (2015): “Franco y la economía: el milagro que nunca existió”, *Valenciaplaza*, 20 de noviembre de 2015.

PRADOS DE LA ESCOSURA, L. (2003): *El progreso económico de España*, Fundación BBVA, Madrid.

SUDRIÁ, C. (2012): “El ajuste económico de la transición”, *El País*, 13 de febrero de 2012.

Base de datos

<https://www.clio-infra.eu/datasets/search>

APÉNDICE ESTADÍSTICO

Tabla 1. Tasa de inflación en varios países del mundo occidental, 1960-1979
(variación porcentual anual de la inflación)

Año	Estados Unidos	Francia	Reino Unido	Japón	España
1960	1,7	4,2	1,0	3,6	0,6
1961	1,0	2,4	3,5	5,4	-0,8
1962	1,0	5,2	4,2	6,8	3,7
1963	1,3	5,1	2,0	7,7	6,4
1964	1,3	3,1	3,3	3,8	9,1
1965	1,6	2,7	4,8	6,6	14,8
1966	2,9	2,6	3,9	4,9	8,3
1967	3,1	2,8	2,5	4,1	10,8
1968	4,2	4,6	4,7	5,3	5,5
1969	5,5	6,1	5,5	5,3	2,0
1970	5,7	5,9	6,4	7,6	7,0
1971	4,4	5,5	9,5	6,4	9,6
1972	3,2	6,2	7,1	4,8	8,8
1973	6,2	7,3	9,2	11,7	9,1
1974	11,0	13,7	15,9	23,1	13,1
1975	9,1	11,8	24,3	11,7	15,1
1976	5,8	9,6	16,7	9,4	19,5
1977	6,5	9,4	15,8	8,2	25,3
1978	7,6	9,1	6,6	4,2	19,8
1979	11,3	10,8	14,8	4,0	15,7

Fuente: <https://www.clío-infra.eu/datasets/search>. Elaboración propia.

Tabla 2. Evolución del PIB en varios países del mundo, 1960-1979
(millones de dólares de 1990)

Año	Estados Unidos	URSS	Francia	Reino Unido	Japón	España
1960	2.046.727	843.434	344.609	452.768	375.090	94.119
1961	2.094.396	891.763	363.754	467.694	420.246	106.187
1962	2.220.732	915.928	387.937	472.454	457.742	118.386
1963	2.316.765	895.016	408.090	490.625	496.514	130.477
1964	2.450.915	1.010.727	435.296	516.584	554.449	143.308
1965	2.607.294	1.068.117	456.456	529.996	586.744	152.794
1966	2.778.086	1.119.932	479.631	540.163	649.189	164.199
1967	2.847.549	1.169.422	501.799	552.277	721.132	175.227
1968	2.983.081	1.237.966	523.967	574.775	813.984	185.747
1969	3.076.517	1.255.392	560.280	585.207	915.556	202.472
1970	3.081.900	1.351.818	592.389	599.016	1.013.602	214.070
1971	3.178.106	1.387.832	621.055	611.705	1.061.230	226.319
1972	3.346.554	1.395.732	648.668	633.352	1.150.516	245.019
1973	3.536.622	1.513.070	683.965	675.941	1.242.932	266.896
1974	3.526.724	1.556.984	704.012	666.755	1.227.706	286.732
1975	3.516.825	1.561.399	699.106	665.984	1.265.661	296.824
1976	3.701.163	1.634.589	729.326	680.933	1.315.966	309.546
1977	3.868.829	1.673.159	756.545	695.699	1.373.741	321.868
1978	4.089.548	1.715.215	777.544	720.501	1.446.165	332.597
1979	4.228.647	1.707.083	802.491	740.370	1.525.477	337.333

http://www.ggd.c.net/maddison/Historical_Statistics/horizontal-file_03-2007.xls
Fuente: Maddison (2003). Elaboración propia.

Tabla 3. Tasa de desempleo en varios países del mundo occidental, 1960-1979
(en porcentaje)

Año	Estados Unidos ¹	Francia ¹	Reino Unido ¹	Japón ¹	España ²
1960	5,5	1,5	2,2	1,7	-
1961	6,7	1,2	2	1,5	-
1962	5,5	1,4	2,7	1,3	-
1963	5,7	1,6	3,3	1,3	-
1964	5,2	1,2	2,5	1,2	2,1
1965	4,5	1,6	2,1	1,2	1,7
1966	3,8	1,6	2,3	1,4	1,3
1967	3,8	2,1	3,3	1,3	1,3
1968	3,6	2,7	3,2	1,2	1,3
1969	3,5	2,3	3,1	1,1	1,1
1970	4,9	2,5	3,1	1,2	1,2
1971	5,9	2,8	3,9	1,3	1,7
1972	5,6	2,9	4,2	1,4	2,2
1973	4,9	2,8	3,2	1,3	2,8
1974	5,6	2,9	3,1	1,4	3
1975	8,5	4,1	4,6	1,9	3,8
1976	7,7	4,5	5,9	2	4,8
1977	7,1	5,1	6,4	2	5,7
1978	6,1	5,3	6,3	2,3	7,6
1979	5,8	6	5,4	2,1	9,5

¹ Department of Labor Bureau of Labor Statistics, August 1989, Página 555

² Carreras y Tafunell (2010: 148). Elaboración propia.

Tabla 4. Evolución del PIB per cápita en varios países del mundo 1960-1979
(millones de dólares de 1990)

Año	Estados Unidos	URSS	Francia	Reino Unido	Japón	España
1960	11.328	3.945	7.546	8.645	3.986	3.072
1961	11.402	4.098	7.875	8.857	4.426	3.436
1962	11.905	4.140	8.232	8.865	4.777	3.800
1963	12.242	3.985	8.536	9.149	5.129	4.151
1964	12.773	4.439	9.005	9.568	5.668	4.515
1965	13.419	4.634	9.361	9.752	5.934	4.762
1966	14.134	4.804	9.750	9.885	6.506	5.060
1967	14.330	4.963	10.123	10.049	7.152	5.334
1968	14.863	5.202	10.493	10.410	7.983	5.588
1969	15.179	5.225	11.127	10.552	8.874	6.032
1970	15.030	5.575	11.664	10.767	9.714	6.319
1971	15.304	5.667	12.110	10.941	10.040	6.618
1972	15.944	5.643	12.539	11.294	10.734	7.099
1973	16.689	6.059	13.114	12.025	11.434	7.661
1974	16.491	6.176	13.409	11.859	11.145	8.149
1975	16.284	6.135	13.251	11.847	11.344	8.346
1976	16.975	6.363	13.773	12.115	11.669	8.599
1977	17.567	6.454	14.230	12.384	12.064	8.833
1978	18.373	6.559	14.566	12.828	12.585	9.023
1979	18.789	6.472	14.970	13.167	13.163	9.068

http://www.ggd.net/maddison/Historical_Statistics/horizontal-file_03-2007.xls
Fuente: Maddison (2003). Elaboración propia.